



HABLANDO DE DOLOR...

Líbreme Dios de hacer literatura sobre el dolor. No caeré yo en esas teorías masoquistas con las que Schopenhauer afirmaba que «el bienestar y la dicha son negativos. Sólo el dolor es positivo», o las de Schubert, que pensaba que «la alegría nos vuelve frívolos y egoístas, mientras que sólo el dolor aguza la inteligencia y fortifica el alma». No me parece que deba rendirse culto romántico al dolor. Pero tampoco creo humano el pánico al dolor, el olvido de esa tremenda verdad que formuló Séneca al asegurar que «ser siempre feliz y pasar la vida sin que el dolor muerda el alma es ignorar el otro aspecto de la naturaleza». Porque es cierto que el corazón crece en la adversidad y que en él descubrimos ese sexto continente del coraje que tiene nuestra alma sin que apenas lo conozca-

mos.

Sé que después de escrito todo esto aún no he dicho nada sobre el dolor. Porque yo puedo aceptar mi propio dolor, pero ¿cómo asumir, cómo entender el de los demás, el de los pequeños sobre todo? Tengo que reconocer que, ante este tema, me quedo sin respuesta. Acuden a mí a veces madres preguntándome por qué han muerto sus hijos. Y daría media alma por saber responderles. Pero, ante misterios como ése, un cura se siente tan indefenso como los demás mortales. No sé, no sé por qué Dios lo consiente o lo tolera. Habría que ser Dios para saberlo.

Al fin sólo sé responderles lo que Aliosha a su hermano en *Los Karamazov*: cuando Iván grita que no puede aceptar una Creación en la que los niños sufren, a Aliosha se le llenan los ojos de lágrimas, se acerca a su hermano y le besa en la mejilla. No encuentra otra respuesta que el misterio del amor. Y el recordar que también Cristo sufrió y murió.

A veces me pregunto a mí mismo si creería yo en el Dios de los filósofos, en un ente perfectísimo, creador del universo, pero perdido allá arriba en la inmutabilidad del ser. Moeller aseguraba que «hoy lo difícil no es creer que Cristo sea Dios, sino creer en Dios si no fuera Cristo». Efectivamente, no es fácil aceptar un Dios que «quisiera» el dolor. Sería duro creer en un Dios que lo «consiente». Sólo es creíble un Dios que lo comparte.

RESPONDE BENEDICTO 16 ¿Era Jesús católico?

No podemos afirmarlo con mucha seguridad, porque Él está por encima de nosotros. Hoy se oye la formulación inversa, es decir, que Jesús no era cristiano, sino judío. Y también es cierto, pero con limitaciones. Por su nacionalidad era judío. Lo era porque adoptó y vivió la ley, y fue también, pese a todas las críticas, un judío piadoso que mantuvo el orden en el templo. Y a pesar de todo infringió y trascendió el Antiguo Testamento desde su poder de Hijo.

Jesús se concebía a sí mismo como el nuevo y más grande Moisés que ya no se limita a interpretar sino que renueva. En ese sentido, trascendió lo existente y creó algo nuevo, es decir, condujo el Antiguo Testamento hasta la universalidad de un pueblo que se extiende por toda la tierra y que ha de crecer aún más. Él es, pues, el origen de la fe, el que crea intencionadamente la iglesia católica, pero no es uno más de nosotros.

LUZ

Los animales tienen un gran sentido del propio territorio del que alejan a los animales extraños. Los hombres hacen lo mismo con la propia habitación. ¿Por qué existen todas estas barreras? Nos construimos una imagen propia de vida y de identidad y todo lo que no es coherente es una molestia.

Sin embargo, se puede tener una idea equivocada sobre lo que es extraño o molesto. Por ejemplo, se puede cometer un trágico error y considerar a Cristo y su enseñanza como elementos molestos. Entonces le pide a Cristo que no entre en el propio territorio.

Según las palabras de san Juan «los hombres prefirieron las tinieblas a la luz» (Un 3,19) porque la luz cambiaría el aspecto de muchas cosas que en la oscuridad parecen bonitas.

EL CONSEJO DE PASTEUR

El famoso científico Pasteur pasaba sus vacaciones en un pueblo francés. Por las tardes jugaba al ajedrez con el párroco, pero el sábado el sacerdote no podía jugar porque debía preparar la homilía para la misa dominical. Un día, preguntó a Pasteur: ¿Cómo explicaría usted a nuestra gente el origen divino de la Iglesia? El científico lo pensó y después dijo: Diría a la gente: tomad doce jóvenes de vuestro país, enseñadles durante dos años todo lo que sabéis, después mandadlos, uno a Nueva York, otro a Londres, un tercero a Sydney, un cuarto a Sudáfrica y así sucesivamente. Después de dos mil años id a ver si se sabe aún algo de ellos.

Humanamente hablando, los doce apóstoles no estaban en mejor situación; sin embargo, sus nombres se recuerdan aún hoy.

LA POBREZA EVANGÉLICA

Jesús llama a sus seguidores a la pobreza. ¿Significa esto que Jesús nos llama a vivir sin lo necesario para el sustento material? No. Jesús no está de acuerdo con la miseria, ni con el hambre en el mundo, ni con la falta de trabajo, ni con la falta de consideración y dignidad. Está siempre en contra de que haya humillados y al mismo tiempo a favor de todos los humillados.

La diferencia entre la pobreza evangélica y las otras sería ésta: las otras se limitan a la carencia de bienes materiales, o también culturales o afectivos, carencia no querida, que resulta insoportable y de la que uno siempre pretende huir. La evangélica comporta la humildad y la sencillez de vida, asumida de forma voluntaria, y exige una solidaridad efectiva con todos aquellos que carecen de lo necesario.

La pobreza evangélica no implica, pues, una vida miserable, ni la renuncia a lo necesario para vivir, ni la falta de dignidad, pues el evangelio está contra todo esto, y nos llama a vivir de tal forma que seamos libres de lo material y que hagamos posible que todos los hombres puedan vivir con dignidad y tener cada día el pan y el sustento necesario.

JEREMIAS DE VALAQUIA (1556-1625)

Nació en Tzazo de Valaquia, en la actual Rumania, el 29 de junio de 1556. Su madre le hablaba del Papa y de Italia, "donde vivían los buenos cristianos y todos los monjes eran santos". Sintiendo la vocación religiosa, a los 18 años dejó familia y patria para dirigirse a Italia, donde llegó 3 años después. Huelga decir que se llevó el desengaño más amargo de su vida.

En Nápoles conoció a los Hermanos Menores Capuchinos y obtuvo la admisión entre ellos como hermano laico. Desempeñó durante 5 años los más variados ministerios. A partir de 1585 y durante 40 años, fue destinado a la enfermería del convento de Sant'Eframo Nuovo. Su caridad traspasó los muros del convento, y muchos enfermos pedían al menos una visita suya. Hacia 1608 tuvo una visión de la Virgen. Murió el 5 de marzo de 1625, a consecuencia de una virulenta pulmonía, contraída tras recorrer a pie 12 kilómetros durante un huracán para ir a visitar a un enfermo. Juan Pablo II lo beatificó el 30 de octubre de 1983.



MIRAR EL MUNDO DESDE EL CLAUSTRO

Sor María de Jesús, abadesa del monasterio de la Inmaculada Concepción de Ágreda, estuvo en el punto de mira en el siglo XVII sin salir de su monasterio de rigurosa clausura, llegando a ser requerido repetidamente su consejo por el mismísimo rey de España, Felipe IV. Todo esto no se debió, a una extensa red de influencias, ni a la consecución de los valores que habitualmente se tienden a apreciar más (capacidad de negociación, poder económico, persuasión, seducción personal...), sino a una sola nota particular: fama de santidad.

La comprobada realidad de sus muchas experiencias místicas contrastan con el diario sacrificio, sin brillo alguno, que sor María realizaba dentro de los muros del convento, sobre el que se apoyaba su profunda espiritualidad y su magisterio sobre las monjas a ella encomendadas. Sorprendentemente, esta vivencia espiritual no la apartó ni un milímetro de su preocupación por los sucesos de su tiempo que, en parte, siguen siendo similares a los nuestros. Así, en una de sus cartas al rey se puede leer: «Por defender cosas terrenas, plazas o reinos, se derrama tanta sangre, mueren millares de hombres, gastan los reyes sus haciendas, tienen a los pobres vasallos oprimidos, llenos de tributos...»

Su más extensa obra, *La Mística Ciudad de Dios*, puede ser considerada con acierto como una obra cumbre de la reflexión teológica sobre el papel que María, nuestra Madre, desempeña en la historia de la salvación. Su doctrina sobre la Inmaculada concepción de María, en un momento en el que las ideas sobre la predestinación del ser humano se veían envueltas en la confusión propiciada por el jansenismo, y el carácter de la obra como presuntamente revelada, dieron lugar a una agria disputa teológica que acabó por paralizar su proceso de beatificación a pesar la claridad de sus virtudes y de los milagros atribuidos a su intercesión.

Por todo ello, no son pocos los especialistas que se muestran favorables a que ahora, una vez definido el dogma de la Inmaculada Concepción de María, se vuelva a redescubrir la vida y la obra de esta monja del siglo XVII, de una altura teológica comparable a nuestra entrañable Teresa de Ávila, que nos muestra de modo fehaciente que la vida escondida en Cristo es el resorte más poderoso del verdadero amor al prójimo.